

Claudia Montero, *Y también hicieron periódicos. Cien años de prensa de mujeres en Chile 1850-1950*.

Santiago: Heuders, 2018. ISBN: 978-956-365-085-3. 291 páginas.

La historia de las mujeres ha tenido un nuevo impulso en Chile, donde se han rescatado fuentes de gran valor, como el *Epistolario emancipador del MEMCh. Catálogo histórico comentado (1935-1949)*, recopilación a cargo de Claudia Rojas y Ximena Jiles (Ediciones del Archivo Nacional de Chile, 2017), y *Amanda Labarca. Una antología feminista* (Universidad de Chile/Editorial Universitaria, 2019). La obra de Claudia Montero se enmarca dentro de este renovado impulso por conocer la historia de las mujeres.

El estudio de Montero presenta de manera pedagógica el primer siglo de prensa femenina. Al dividir el período 1850-1950 en cuatro etapas, la autora logra dar forma a las diferentes iniciativas que existieron, con variantes en el pensamiento, en el objetivo del periódico y en la manera de difundir ideas que lograron mostrar la evolución de la prensa de mujeres chilenas.

La primera etapa abarca de 1850 a 1890. “Las precursoras”, como las llama Montero, que recurrieron a los medios de prensa para expresar sus ideas, lo hicieron mediante tres instrumentos: la prensa política, la revista literaria y la revista ilustrada. La emergencia de tan diverso material se explica porque “las mujeres en Chile se transformaron en un público lector al que una incipiente industria editorial podía vender ciertos productos que estuvieran de acuerdo con las prácticas generizadas [sic] de la época” (p. 37). De este modo, la modernización de la población por medio de la alfabetización dio como resultado una prolífica prensa femenina.

El periódico político apareció por primera vez en 1865 con *El Eco de las Señoras de Santiago*, medio que pretendió integrar a las mujeres al debate público, pero sin cuestionar los roles tradicionales, ni generar un discurso rupturista. No obstante, deja en evidencia la preocupación de un grupo de mujeres por los asuntos políticos, si bien muchas veces se resguardaron bajo la tutela de algún editor o bajo nombres masculinos, con el objetivo de no escandalizar a una sociedad que no conocía ni admitía aún este tipo de prensa.

La revista literaria cumplió un rol diferente, pues “permitió visibilizar un fenómeno de escritura femenina de autoría descubierta: las productoras de estos medios firmaron con su nombre” (p. 51). De acuerdo con Claudia Montero, “estas revistas inauguraron nuevas formas discursivas” y legitimaron “una cultura mesocrática en la que se colaban las mujeres y las clases trabajadoras” (p. 52). Este tipo de medio mostró una versatilidad importante en los temas tratados, abarcando desde crítica literaria, hasta moda y poesía, pasando por los folletines, entre otros.

La revista ilustrada se trabajó bajo el formato *magazine* donde la mujer se introdujo como editora, incursionando por primera vez en el rol de gestora cultural. En este sentido, algunas mujeres desempeñaron el rol de empresaria, al mando de una revista, lo cual añadía novedad al producto. Al igual que en el periódico político, algunos temas tradicionalmente vetados para la mujer en el espacio público, como el comentario político, apareció en formato de cartas bajo un nombre masculino. Sin embargo, no ocultaba el origen femenino de la producción.

La segunda etapa, llamada “La explosión de las voces”, vio un esfuerzo de las mujeres por legitimar su espacio en el ambiente público entre 1900 y 1920. En esta época se produjo una diversificación de los medios femeninos, durante la cual “se inauguró el periodismo noticioso... y la actualidad cobró la máxima importancia” (p. 81). La prensa política sobrevivió en este período, dando paso a prensa feminista, obrera y conservadora, con su agenda propia, la cual era transmitida por medio de lo escrito: “la prensa política de mujeres tiene la especificidad de ser producida por un colectivo organizado que posee un discurso político, génesis del activismo político” (p. 85). Una pluralidad de organizaciones de mujeres dio fruto en diversas publicaciones. En esta época se empieza a cuestionar el triple rol de mujer-madre-trabajadora, que dará paso a una crítica que cobra mayor fuerza en la década del '30 con la situación económica local y global.

Además, el surgimiento de la prensa comercial en formato *magazine* se amplió, teniendo como objetivo “el entretenimiento, aunque también cumplió funciones de información y educación” (p. 82). En esta fase, la prensa femenina amplió su público y su origen, excediendo a las mujeres de élite e incorporando a las mujeres obreras a la labor informativa, de propaganda y de educación por medio de revistas, periódicos y folletos.

La tercera etapa, referida a la década de 1930, vio los primeros frutos de algunas demandas femeninas, dando paso a “La emergencia de las políticas”. “En los años 30, la prensa de mujeres fue un arma de acción política, que difundió un discurso feminista, en un contexto duro para América Latina y particularmente para Chile” (p. 179). La aparición de colectivos como el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) en 1935 y, posteriormente, la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FECHIF) en 1944, dan cuenta de este nuevo impulso de parte de los colectivos de mujeres.

A lo anterior, se suma el recrudecimiento de una cuestión social sin resolver, que llevó a las mujeres a manifestarse en marchas y proyectos de ley –impulsados por el MEMCH–, a la vez que a generar contenido informativo sobre la situación de higiene, vivienda y alimentación. Estas preocupaciones se hicieron una con el movimiento sufragista lo que dio paso a una explosión de mujeres que querían participar en la vida pública, en comparación con los períodos anteriores.

Finalmente, tras la obtención del voto –quizá la demanda femenina por excelencia de las democracias modernas– la prensa de mujeres entra en “La institucionalización y su dilución”, entre 1940 y 1950. En este período, la actuación política de mujeres sufrió diferentes situaciones que derivaron en lo que la autora llama “el silencio feminista” de los años ’50 en adelante.

En primer lugar, la institucionalización de la participación de mujeres en el ámbito público las llevó a encontrarse sin una bandera de lucha con la cual identificarse y aunar a más participantes. Luego de la obtención del voto, las mujeres no tenían un norte en común, por lo que muchos colectivos fueron absorbidos por otros de mayor envergadura, convirtiéndose muchas de ellas en miembros del “ala femenina” de los partidos existentes.

En segundo lugar, el MEMCH vio su fin luego de que el Partido Comunista engrosara sus filas y se hiciera de la dirección del movimiento. Con esto, el medio memchista *La Mujer Nueva* se vio redirigido hacia lo que el PC buscaba, informando de su agenda y haciéndolo parecer parte de su estructura (p. 242) a lo que otrora fuera la manera de expresarse de un colectivo autónomo.

En tercer lugar, la paradoja de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, promulgada en 1948, hizo que varias de las mujeres que participaron activamente en organizaciones, medios de prensa y otros, no pudieran alcanzar el derecho a sufragio universal en las votaciones de 1952, al quedar proscritas de los registros electorales.

Como señala Montero, *Y también hicieron periódicos* es una investigación que incursiona en “la prensa de mujeres, la construcción social del género y su consecuente exclusión hacia las mujeres, y el espacio público como una construcción social que se transforma históricamente” (p. 269). En este sentido, esta obra da cuenta no solo de la prensa femenina, sino también de la evolución de la sociedad chilena tanto en el quehacer público, como en algunas aristas de la vida cotidiana.

El estudio de Montero, aparte de una amplia documentación e imágenes de la prensa investigada, cuenta con mapas conceptuales que permiten visualizar de una manera clara la distribución de las revistas y periódicos en cada una de las cuatro etapas establecidas por la autora. Esto constituye un gran aporte para comprender la historia de las mujeres por medio de sus expresiones públicas, si bien hay muchos registros que se encuentran incompletos o solo se dispone del primer número o números sueltos. Aun así, esto da cuenta de que el ejercicio de la ciudadanía no está restringido únicamente al voto, sino que tiene diversas expresiones como las que se retratan en este estudio: la sociabilidad, la lectura y ciertamente los medios de comunicación.

*Monserrat Risco*

Centro de Extensión y Estudios de la Universidad San Sebastián

monserrat.risco@uss.cl